

presenta como el signo de la paz, del perdón y de la gracia.

El hombre, vencido por la concupiscencia, corrompe sus caminos: criado para Dios deja la fuente de aguas vivas, que es Dios mismo, y cava cisterna cenagosa en las criaturas, cisterna horadada que no puede contener las aguas (1). Dios, que le llama y espera con paciencia, se irrita al fin, y su justicia se arma contra el hombre. Primero le abandona á sí mismo y le deja sumido en la ceguera, y de abismo en abismo se precipita al fondo de la corrupción. «Le borraré de sobre la tierra, exclama Dios (2), y en el abismo eterno llorará para siempre su prevaricación.» El diluvio de la justicia ofendida va á venir sobre su alma. Infeliz pecador, ¿quién te librará de las manos de Dios vivo? ¿Quién, pregunta el Profeta, quién te librará de sus manos, cuando Dios te amenaza con que el día de tu muerte, en el momento de perecer para siempre, se reirá, se burlará de ti y palmoteará en tu desgracia? (3) Nadie, exclama Job, nadie podrá librarse de sus manos (4). ¿Te desesperarás, pues, alma pecadora? No: espera aún. Registra tu corazón, repasa la triste historia de tu vida. ¿Te acuerdas de haber invocado alguna vez con devoción á la Santísima Virgen? ¿Descubres en algún rincón, en algún pliegue de tu pobre corazón una pequeña chispa de devoción á María? ¡Ah! no la apagues, avívala, enciéndela más y no temas. Acude á María, y ella te salvará. En efecto, hermanos míos, María, que escribe en el hermoso libro de su corazón á cuantos la invocan, que escribe el nombre de los

(1) Jerem. II, 13.

(2) Gen. VI, 7.

(3) Prov. I, 24 ad 26.

(4) Job. X, 7.

que á ella acuden, se conmueve como tierna madre al ver la desgracia que amenaza á su hijo; corre al Trono de Dios, y en las nubes de la Justicia eterna que va á descargar sobre el pecador, se presenta como iris de paz, clamando: acordaos, Señor, de vuestra promesa; me habeis puesto como iris de paz entre vos y el hombre; acordaos que habeis prometido que al ver vuestro arco os acordaríais de perdonar al hombre; acordaos que me habeis prometido darme cuanto os pida; dadme, pues, el alma de ese hijo mio. Soy su madre, y no puedo sufrir que se condene. Oid, Señor, que me llama y me invoca con este título de Madre, y no puedo abandonarle. Perdonadle, Señor, según vuestra promesa, ó quitadme el título de Madre suya, que me habeis dado. A estas palabras el brazo de Dios se detiene, el rayo cae sin fuerza de su mano, Dios perdona, y el pecador se salva. ¡Cuántos de nosotros, sobre quienes tal vez el rayo de la divina Justicia habrá estado mil veces suspendido, debemos el perdón á una sencilla devoción á María! ¡Oh cuán buena es María!

Pero aún hay más, mis amados hermanitos. ¿Habeis leído ó oído alguna vez cómo se forma en las nubes el arco iris? ¿Habeis leído que cuando el horizonte está cubierto de negras nubes, y de otra nube más alta se desprende la lluvia, si aparece el sol en el lado opuesto, hiere con sus rayos las gotas que caen, y rompiéndose ó refractándose por ellas se descompone la luz, y dibuja el hermoso arco que encanta nuestra vista, al paso que nos anuncia el fin de la tormenta? Pues bien, esto es lo que pasa en el alma del pecador cuando María logra suspender el azote de la Justicia divina. El corazón del pecador está oscurecido por las negras nubes que forman sus vicios y sus pasiones; el huracán reina en su interior; todo amenaza un diluvio de males eternos para su alma.

Si entonces siente su desgracia y llora su crimen, el sol divino, Jesucristo, brilla sobre él á ruegos de María; los rayos de su gracia hieren esa lluvia de lágrimas que se desprenden de los ojos del pecador arrepentido, y rompiéndose y refractándose en ellos, dibujan en el fondo de su anublado corazon un hermoso arco de variados colores, todos suaves, destacándose por su mayor viveza entre ellos, como en el iris del cielo, el verde y el rojo. Ese arco de hermosos colores es el nombre de María; esos colores más vivos son la esperanza y el amor. ¡Oh qué feliz momento! El pecador ya no es presa de la desesperacion ni del abatimiento; ya no tiembla; siente renacer la calma en su corazon; mira, contempla ese iris bello de paz, y lee: «María, María, María;» y no se cansa de pronunciar ese nombre, y la esperanza y el amor viven ya en su alma. Entonces llora tambien, y llora más; pero sus lágrimas son dulces, son las lágrimas de la contricion; y cuanto más llora, más vivos y encendidos aparecen aquellos colores, esperanza y amor: y espera y ama; espera y ama á María, y corre á cobijarse bajo del manto de su Madre, y llevado por su mano á los piés del ministro de Dios, se purifica en la penitencia, se desvanecen las nubes de su corazon, y reina en él la paz y la felicidad. ¡Cuán buena es María, esperanza del pecador! Si lo supiérais, pecadores, si supiérais cuán dulce es llorar los pasados extravíos, pronunciando el nombre de María, y contemplándola como arco iris de esperanza, ni un momento tardaríais en hacerlo. Haced que lo conozcan, Madre mia, para que entre las lágrimas de la penitencia vean en sus corazones el arco hermoso de vuestro nombre, y se salven todos por vos, que sois nuestra esperanza mientras somos pecadores, y nuestra dulzura cuando nos justificamos en el camino de la penitencia.

Estudiemos esta última figura: María, dulzura del alma justificada por la penitencia. Procuraré ser muy breve.

Contemplemos la vision que nos describe San Juan en el Apocalipsis. «Vé, dice, la ciudad santa, la Jerusalén nueva, adornada como una esposa para recibir al esposo, y oí una grande voz del trono, que decia: Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos, y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya más, y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron; y dijo el que estaba sentado en el trono: Hé aquí yo hago nuevas todas las cosas (1).» ¡Qué hermosa figura, y cuán consoladora! Yo convengo, hermanos míos, en que el sentido propio de estas palabras se refiere á la gloria del cielo; pero siguiendo el ejemplo de los Padres y los títulos que dan á la Santísima Vírgen, encuentro tambien en esta figura la idea de María, dulzura del alma justificada. No hay duda, porque las sagradas Escrituras nos la presentan así, que María es la Casa de Dios, el Templo de la Trinidad, el Tabernáculo del Altísimo. Ella es ese tabernáculo de Dios con los hombres, porque en su seno virginal se comunicó el mismo Dios con la naturaleza humana para habitar con nosotros. El Hijo de María se llama Emmanuel, Dios con nosotros (2). Ella es, pues, ese tabernáculo de Dios para habitar con los hombres. Dios quiere comunicarse con nosotros en el Tabernáculo del corazon de María; por ello nos infunde con tanta fuerza la devocion á esta Señora; y á medida que crece el alma en la virtud, crece en el amor á María. ¿Sabeis,

(1) Apoc. XXI, 3, 4, 5.

(2) Matth. I, 23.

hermanos míos, la razón de esto? Es porque el alma necesita muchas gracias del cielo para llegar al término de su carrera, y Dios, que no quiso comunicársenos en su venida sino por medio de María, quiere que por María también recibamos todas sus gracias (1). ¡Cuán amable es nuestro Dios al darnos ese tabernáculo como morada para que estemos en él! El corazón de María es el atrio del cielo, es la puerta del cielo, es un cielo compendiado, y Dios nos quiere en ese cielo antes de llevarnos á gozar del cielo eterno de su gloria (2). Ved, pues, la idea que de todo esto se desprende. El alma que se acerca á Dios por la penitencia y por la práctica de la virtud, es muy débil por sí misma; mil peligros la cercan, enemigos formidables la persiguen y combaten, el temor la acompaña siempre, la aflige el recuerdo de sus extravíos. Por eso Dios la convida y la llama á ese tabernáculo, diciéndole: «Aquí ya no hay temor de muerte por nuevas caídas en el pecado; aquí ya no hay llanto amargo, ni luto de tristeza; aquí ya no se oye el clamor de las pasiones, ni alcanza el poder de los enemigos: todo es dulce en esta morada. Y en efecto, amando á María y viviendo en su corazón, el hombre llora, pero sus lágrimas son dulces; el hombre, aunque sea tentado, se ríe de la tentación, abrazando á su Madre; las tribulaciones, los trabajos, todo le es ligero; el amor de María todo lo hace suave, todo lo hermosea. Decidlo vosotras, almas que lo habeis experimentado; decidlo, y contad los bienes que

(1) Quia indignus eras cui donaretur, datum est Mariæ ut per illam acciperes quidquid haberes.... quia nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret. (S. Bern., Serm. 3 in Vig. Nativ. Dom.)

(2) O felix porta per quam Deus ingressus est mundum, et per quam homo ingreditur cælum..... Nemo confidat ingredi cælum, nisi per istam portam. (S. Thom. à Vill., Conc. 5 de Annunt.)

os ha hecho el Señor en ese tabernáculo. ¡Oh cuán dulce es habitar en el Corazón de María!

¿No os parece, mis amados hermanos, que esto es la suma felicidad posible en la tierra, y que no cabe mayor para el alma libertada por la gracia de las cadenas del pecado? Pues más aún le da el Señor. ¡Oh cuán sin límites ni término es la misericordia y la bondad de nuestro Dios! Recordad las palabras del Apocalipsis: «Y dijo el que estaba sentado en el trono: Aquí todo lo hago nuevo (1).» En el Corazón de María el alma se renueva enteramente; y como de nuevo nacida, ni se conoce á sí misma. Tal es el cambio que obra en ella el amor de esta Madre. Preguntadlo, si podeis dudar, á San Agustín. Se convirtió á Dios, amó á María, y nada quedó en él de sus costumbres mundanas. Preguntadlo á Ignacio de Loyola: desde el momento de detestar su vida pasada, se consagra á María, y en todo el resto de sus días se ve libre de tentaciones y estímulos de la carne. Preguntadlo á San Andrés Corsino: siendo jóven vive sumido en el libertinaje: sabe que sus padres, antes de que naciese, le habian consagrado á la Santísima Virgen, la invoca con amor, se entrega á ella, y admira al mundo con su santidad y sus virtudes. No os citaré más ejemplos; innumerables y magníficos los presentan los anales de nuestra santa Iglesia; vosotros los sabeis, y entre vosotros mismos, ¿cuántos pudiéramos hallar? María es, pues, la dulzura de las almas que, amando á Dios, viven en el tabernáculo de su corazón. Ella dulcifica la penitencia, hace amable la virtud, ahuyenta el temor de nueva caída, y nos renueva enteramente, para que seamos nuevas criaturas, formadas á medida del corazón de

(1) Apoc. XXI, 5.

Dios, y hombres nuevos hechos á imágen del mismo Jesucristo.

Hermanos míos, acercaos á la Santísima Virgen, y vivid siempre junto á ella. Si sois inocentes, ella es el árbol de la vida, cuyo fruto os conservará en la vida del espíritu. Si sois pecadores, ella es el arco iris de la esperanza, que os promete el perdón y la reconciliación. Si sois penitentes, y por la penitencia justos, vivid en su Corazón, que es el tabernáculo de Dios para habitar con nosotros. María es vida, dulzura y esperanza nuestra. Amémosla y sentiremos los felices efectos de esos hermosos caracteres de nuestra Reina y nuestra Madre.

TERCERA PLATICA.

Salutate Mariam.

(Ad Rom. XVI, 6.)

CONOCEIS ya, hermanos míos, á la Santísima Virgen; conoceis los tesoros de gracia que en ella ha depositado el Omnipotente, y los tesoros de misericordia que por su medio ha derramado sobre nosotros. Al contemplar estas inefables bondades, cuán dulce es al corazón el armonioso cántico de la gratitud y la alabanza con que acabais de bendecir á Dios y á María. «Gracias á Dios, habeis cantado: gracias á Dios porque os hizo su Madre, porque os hizo su Hija, porque os hizo su Esposa, porque os hizo Inmaculada, porque os hizo tan santa, porque os hizo tan sabia, porque sois mi refugio, porque sois mi alegría, porque sois mi esperanza.»

Repetidlo mil y mil veces (1), hermanos míos, y ni un día ni una hora pase en nuestra vida sin que del

(1) Alabanzas á la Santísima Virgen, que se cantan siete veces durante el ejercicio en obsequio de su sagrado Corazón, que celebra la Real Archicofradía el último día de sus funciones.